

El Financiero

~~plaza pública~~ para la edición del 29 de mayo de 1992

Otro Cuauhtémoc

~~El Financiero en la CROM~~

miguel ángel granados chapa

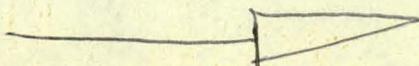
Aparte el Emperador que encaró a los españoles, hay otros Cuauhtémoc recientes, algunos ilustres y otros nada más conocidos. Entre los primeros figura relevantemente Cárdenas. Hoy queremos referirnos a un asunto que involucra a otro, de los que figuran en la segunda categoría, si bien en este caso se trata de un patronínico y no de un nombre de pila. Se trata del abogado Ignacio Cuauhtémoc Paleta, cuestionado por su reelección al frente de la otrora poderosa CROM.

La Confederación Regional Obrera Mexicana fue ~~la~~ pionera *entre* ~~de~~ las grandes centrales de trabajadores, y lo fue también en la peculiar manera en que éstas se adhirieron al Estado mexicano, de cuyo sistema corporativo llegaron a formar parte. Tan plena fue su identificación con gobiernos inmediatamente posrevolucionarios, que su líder histórico, Luis N. Morones, llegó a ser secretario de Estado, único caso de un dirigente sindical en tal situación.

Desde entonces (segunda mitad de los veinte) la CROM no hizo más que declinar. Uncida al callismo por Morones, siguió la suerte del Maximato. El Presidente Cárdenas prohió la creación de la Confederación de Trabajadores de México, que rápidamente desplazó a la CROM en su influencia y capacidad organizativa. Hoy le quedan sólo residuos de su antigua fortaleza, y girones de las banderas que enarboló.

Luego de Morones, Antonio J. Hernández ejerció un largo cacicazgo en la organización, a repetir el cual se disponía Cuauhtémoc Paleta, cuando el dirigente de uno de sus reductos importantes, el de Baja California, Joaquín Parada, le impuso el alto. Para desgracia del líder reeleccionista, la asamblea en que se le depuso tuvo lugar en el auditorio Plutarco Elías Calles, del mismísimo PRI, por lo que no puede alegar presencias disidentes procedentes de otros partidos. Al advertir su precaria minoría, debió trasladarse a otro recinto y fingir que realizaba otra asamblea. De modo que, como si se tratara de una agrupación pujante que requiere duplicar sus mandos y no de un gremio en trance de extinción, ahora hay dos secretarios generales de la CROM, Cuauhtémoc y Parada.

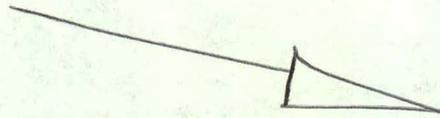
Puesto que es al mismo tiempo presidente del Congreso del Trabajo, Cuauhtémoc goza del favor oficial, y fue escogido para ser el líder legítimo, aunque sus compañeros nieguen que lo sea. De ese modo, la voluntad gubernamental ha reemplazado a la voluntad de los trabajadores. No es, por supuesto, la primera vez que eso ocurre. En este sexenio, la Secretaría del Trabajo desplazó a una dirección que no legustaba en la Confederación Obrera Revolucionaria, con tan



mal tino que el dirigente espurio impuesto por la resolución oficial fue incapaz de conservarse en el cargo, riñó con quienes lo habían ayudado a usurpar el cargo, y ahora prácticamente está desmantelada esa organización.

En algún momento la CROM pareció estar en posibilidad de rescatar sus glorias pasadas, al convertirse en puerto de arribo de agrupaciones sindicales golpeadas en otras centrales. Especialmente cuando la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos se *cetemizó*, es decir perdió las peculiaridades que la distinguían de la CTM y se asemejó a ella (abandonando el sistema de rotación de los mandos, y permitiendo la presencia prolongadísima de Alberto Juárez Blancas), la CROM recibió refuerzos procedentes de la CROC. Pero las inercias y los intereses creados por Cuauhtémoc Paleta, que no ha sido un dirigente sindical propiamente, sino un abogado laboral que fue penetrando en los cargos de responsabilidad política cromista, impidieron ese florecimiento. Se entiende por eso que esté en dificultades, de las que no lo sacará el conspicuo apoyo oficial.

El asunto sirve para reflexionar una vez más en la indebida injerencia, permitida por la ley, de las autoridades del trabajo en la vida de los sindicatos y sus centrales. Tomar nota, o negarse a hacerlo, de las decisiones sindicales, es un instrumento innoble que el Estado blande contra los trabajadores, aun aquellos que le son adictos.



Luego de la firma del acuerdo nacional de productividad, se retomará el propósito de enmendar la ley laboral. La resistencia cetemista ante aquel documento había demorado el reiterado objetivo de modernizar las regulaciones sobre el trabajo. Si se han introducido nuevas reglas en el campo, mediante modificaciones legislativas profundas, no deben esperarse contemplaciones con el corporativismo sindical, ablandado día tras día de muchas maneras. La actualización de la ley, para asemejarla a la vigente en los países que son "nuestros principales socios comerciales", implicaría una desregulación en lo concerniente a las agrupaciones de trabajadores. Pero dudamos que el atavismo burocrático que permite el control sobre la voluntad obrera sea vencido por el impulso modernizador. En este, como en otros terrenos, regirá lo peor del desarrollo con lo peor del subdesarrollo: sindicatos débiles por la pérdida de su capacidad de negociación quedarán, por añadidura, como hoy lo están, a merced de decisiones administrativas, como en los viejos tiempos, que son los actuales.

Dócil presa de los designios oficiales, por la precaria situación que mantenía pese al apoyo de la Secretaría del Trabajo, Cuauhtémoc Paleta pagó, por el registro de su asamblea, un altísimo precio, a costa de millones de personas que se sorprendieron al verse representadas por el Congreso del Trabajo, cuando ni en su propia casa su presidente disfruta de asentimiento.



Otro Cuauhtémoc

Miguel Angel Granados Chapa

A parte el Emperador que encaró a los españoles, hay otros Cuauhtémoc recientes, algunos ilustres y otros nada más conocidos. Entre los primeros figura relevantemente Cárdenas. Hoy queremos referirnos a un asunto que involucra a otro, de los que figuran en la segunda categoría, si bien en este caso se trata de un patronímico y no de un nombre de pila. Se trata del abogado Ignacio Cuauhtémoc Paleta, cuestionado por su reelección al frente de la otrora poderosa CROM.

La Confederación Regional Obrera Mexicana fue pionera entre las grandes centrales de trabajadores, y lo fue también en la peculiar manera en que éstas se adherieron al Estado mexicano, de cuyo sistema corporativo llegaron a formar parte. Tan plena fue su identificación con gobiernos inmediatamente pos-revolucionarios, que su líder histórico, Luis N. Morones, llegó a ser secretario de Estado, único caso de un dirigente sindical en tal situación.

Desde entonces (segunda mitad de los veinte) la CROM no hizo más que declinar. Uncida al callismo por Morones, siguió la suerte del Maximato. El presidente Cárdenas prohijó la creación de la Confederación de Trabajadores de México, que rápidamente desplazó a la CROM en su influencia y capacidad organizativa. Hoy le quedan sólo residuos de su antigua fortaleza, y girones de las banderas que enarbó.

Luego de Morones, Antonio J. Hernández ejerció un largo cacicazgo en la organización, a repetir el cual se disponía Cuauhtémoc Paleta, cuando el dirigente de uno de sus reductos importantes, el de Baja California, Joaquín Parada, le impuso el alto. Para desgracia del líder reeleccionista, la asamblea en que se le depuso tuvo lugar en el auditorio Plutarco Elías Calles, del mismísimo PRI, por lo que no puede alegar presencias disidentes procedentes de otros partidos. Al advertir su precaria minoría, debió trasladarse a otro recinto y fingir que realizaba otra asamblea. De modo que, como si se tratara de una agrupación pujante que requiere duplicar sus mandos y no de un gremio en trance de extinción, ahora hay dos secretarios generales de la CROM, Cuauhtémoc y Parada.

Puesto que es al mismo tiempo presidente del Congreso del Trabajo, Cuauhtémoc goza del favor oficial, y fue escogido para ser el líder legítimo, aunque sus compañeros nieguen que lo sea. De ese modo, la voluntad gubernamental ha reemplazado a la voluntad de los trabajadores. No es, por supuesto, la primera vez que eso ocurre. En este sexenio, la Secretaría del Trabajo desplazó a una dirección que no le gustaba en la Confederación Obrera Revolucionaria, con tan mal tino que el dirigente espurio impuesto por la resolución oficial fue incapaz de conservarse en el cargo, riñó con quienes lo habían ayudado a usurpar el

cargo, y ahora prácticamente está desmantelada esa organización.

En algún momento la CROM pareció estar en posibilidad de rescatar sus glorias pasadas, al convertirse en puerto de arribo de agrupaciones sindicales golpeadas en otras centrales. Especialmente cuando la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos se *cetemizó*, es decir perdió las peculiaridades que la distinguían de la CTM y se asemejó a ella (abandonando el sistema de rotación de los mandos, y permitiendo la presencia prolongadísima de Alberto Juárez Blancas), la CROM recibió refuerzos procedentes de la CROC. Pero las inercias y los intereses creados por Cuauhtémoc Paleta, que no ha sido un dirigente sindical propiamente, sino un abogado laboral que fue penetrando en los cargos de responsabilidad política cromista, impidieron ese florecimiento. Se entiende por eso que esté en dificultades, de las que no lo sacará el conspicuo apoyo oficial.

El asunto sirve para reflexionar una vez más en la indebida injerencia, permitida por la ley, de las autoridades del trabajo en la vida de los sindicatos y sus centrales. Tomar nota, o negarse a hacerlo, de las decisiones sindicales, es un instrumento innoble que el Estado blande contra los trabajadores, aun aquellos que le son adictos.

Luego de la firma del acuerdo nacional de productividad, se retomará el propósito de enmendar la ley laboral. La resistencia cetemista ante aquel documento había demorado el reiterado objetivo de modernizar las regulaciones sobre el trabajo. Si se han introducido nuevas reglas en el campo, mediante modificaciones legislativas profundas, no deben esperarse contemplaciones con el corporativismo sindical, ablandado día tras día de muchas maneras. La actualización de la ley, para asemejarla a la vigente en los países que son "nuestros principales socios comerciales", implicaría una desregulación en lo concerniente a las agrupaciones de trabajadores. Pero dudamos que el atavismo burocrático que permite el control sobre la voluntad obrera sea vencido por el impulso modernizador. En este, como en otros terrenos, regirá lo peor del desarrollo con lo peor del subdesarrollo: sindicatos débiles por la pérdida de su capacidad de negociación quedarán, por añadidura, como hoy lo están, a merced de decisiones administrativas, como en los viejos tiempos, que son los actuales.

Dócil presa de los designios oficiales, por la precaria situación que mantenía pese al apoyo de la Secretaría del Trabajo, Cuauhtémoc Paleta pagó, por el registro de su asamblea, un altísimo precio, a costa de millones de personas que se sorprendieron al verse representadas por el Congreso del Trabajo, cuando ni en su propia casa su presidente disfrutaba de asentimiento.